

EL DESIERTO IDEOLOGICO ESPAÑOL

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

Quizá uno de los datos más sintomáticos de la realidad española en los últimos años de la transición política democrática sea el contraste entre la proliferación de hechos y la ausencia de reflexión sobre ellos; no se trata ya, como analizara en el siglo pasado un clásico de la ciencia política, de que los hechos vayan por un lado y las ideas por otro —en Cádiz, ideas sin hechos; más allá de Cádiz, hechos sin ideas—, sino de algo más grave: la más absoluta inexistencia de ideas acompañan a una extraordinaria riqueza de datos políticos que han transformado por completo el panorama de la vida cotidiana española. Así, el paso de una dictadura a una democracia sin ruptura, la elaboración de una Constitución, la experiencia de un intento de golpe de estado, la existencia de una vasta conspiración golpista o paragolpista sin que se den las condiciones objetivas para ello, la construcción de un estado de las autonomías, la presencia de una crisis socioeconómica de carácter estructural, la reiteración de las escisiones críticas en los partidos políticos, la extensión del fenómeno terrorista, no han desembocado hasta aquí en una reflexión global o parcial mínimamente seria y rigurosa por parte de los partidos políticos. Quien espere encontrar una respuesta por parte de todas estas organizaciones o líderes, sean de derechas o de izquierdas, puede seguir esperando; en España los partidos son cualquier cosa menos intelectuales colectivos.

No es que no se den querellas infinitas, polémicas anecdóticas, procesos de intención. El debate político del último quinquenio guarda mucha relación con el pésimo teatro: la combinación de un sectarismo mutuo con el insulto y la calumnia contra el adversario trata de ocultar las derrotas experimentadas por el proceso democrático en su conjunto. Todas estas apasionadas controversias no han generado ninguna nueva idea ni han puesto en cuestión certidumbres caducas y ni han estimulado la reflexión. Al fin y al cabo, la recuperación de la democracia después de cuarenta años, la confrontación de las tesis democráticas con la realidad del poder y la oposición y los enigmas de una política económica alcanzada de lleno por la crisis mundial,

merecían análisis más sustanciales que no se han producido. Todo lo contrario. Las disputas subalternas, las filípicas barriobajeras, las banalidades y vanidades han ocupado todo el terreno.

Las fuerzas en presencia han intercambiado los argumentos más desgastados y anacrónicos. Unas circunstancias tan inéditas, una coyuntura tan inhospitalaria, una empresa tan aleatoria, no han suscitado más que un extraño vacío intelectual y un curioso desierto ideológico.

La descripción de los partidos políticos, en lo que se refiere al campo de la reflexión intelectual, no puede ser más desesperante: con excepción de los esfuerzos reflexivos de las minorías nacionalistas, abocados tan sólo a la defensa de los intereses de sus nacionalidades respectivas, el resto es silencio. Unión de Centro Democrático sigue siendo un sindicato de intereses que no acaba ni lleva camino de acabar por dar a luz un auténtico partido ideológico de la derecha constitucional; el Partido Socialista Obrero Español proclama ser el pionero de una tercera vía entre el marxismo y la socialdemocracia, idea interesante, orgullosa, pero bastante vaga e inconcreta, que merecería al menos una reflexión teórica, y el Partido Comunista, enfrentado a las consecuencias de una concepción envejecida de la sociedad española, sólo se define negativamente: su modelo no es el del PSOE ni el de las mal llamadas democracias populares; él se define tautológicamente como español, lo que está bien, pero es muy poco claro. Y a partir de estas definiciones no hay más que análisis coyunturales desprovistos de proyectos a medio o largo plazo. Sus «stocks» de conceptos no han variado ni han sido renovados; tanto quienes nos gobiernan como los que suspiran por gobernarlos, y sus correas de transmisión intelectuales, no salen de las trifurcas ruidosas que no encierran ninguna nuez teórica.

De las excepciones a la excepción

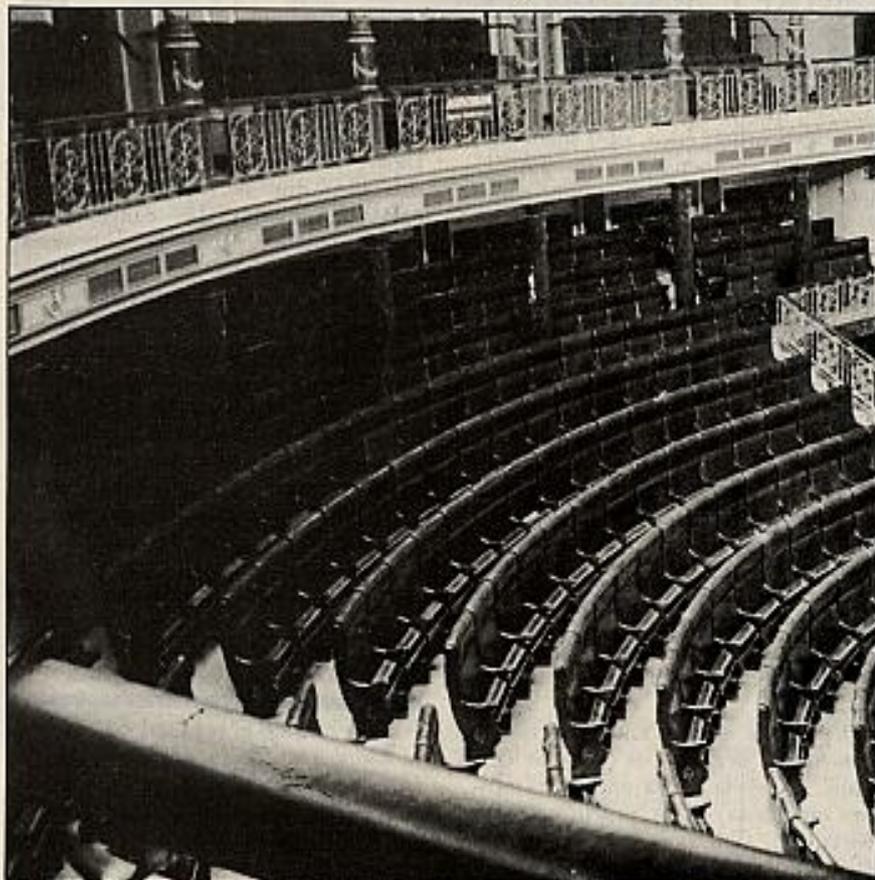
De este vacío intelectual intentaron escapar algunas revistas teóricas de partidos políticos, próximas a partidos polí-

ticos o alejadas de los partidos políticos; el intento de huida fue mortal para todas ellas; apenas subsisten algunas publicaciones clandestinas que traducen reflexiones foráneas o reflexiones sobre problemas externos. La relación es clara: «Década», revista de UCD, no ha pasado de ser un «divertimento»; «Leviatán» y «Nuestra Bandera», órganos del socialismo y del comunismo, son ecos de las consignas de las direcciones respectivas; «Zona Abierta», periférica a un sector de la dirección del PSOE, desapareció, al igual que «Materiales», periférica a un ex sector del comunismo catalán; mal subsisten «Sistema», más o menos ligada a otro grupo del socialismo, y «Mientras Tanto», que agrupa a los residuos de la fallecida «Mientras Tanto», y junto a ellas otras dos publicaciones: «En teoría», abocada a una reflexión teórica global no concretada en la realidad hispana, y «El Viejo Topo», volcada en otro campo reflexivo.

Con ello las excepciones quedan reducidas a determinadas y contadas personalidades de la vida intelectual que aún siguen, por aquí y por allá, ejerciendo el funesto derecho de pensar; hombres como Aranguren, Savater o Pepín Vidal, y algunos más, intentan de vez en cuando meditar o analizar la vivencia politicocultural de nuestro país. Pero cada vez son menos y en cada ocasión encuentran menos posibilidades de exponer sus puntos de vista y van encontrándose, progresivamente, más aislados. Ahí está el asalto frontal contra la Universidad Menéndez Pelayo, dirigida por otro de los contados reflexivos sobre temas de la cosa pública como es Raúl Morodo, para ahogar uno de los pocos focos de debate y diálogo sobre el acontecer cotidiano de la vida política de los españoles. Al mismo tiempo, las escasas publicaciones semanales, que podían recoger estas inquietudes o aportaciones intelectuales, van desapareciendo o reduciendo su periodicidad, o transformando su contenido por exigencias económicas.

De hecho, prácticamente, no queda más que un medio de comunicación, que es tanto un reflejo de estas reflexiones como uno de los más influyentes colectivos reflexivos de la democracia. Nos referimos, claro está, a un diario de amplia

difusión, que con sus editoriales es casi la única excepción que resta en este vacío ideológico y que en sus páginas de opinión recoge a parte de estas inquietudes analíticas. No en vano, por ello, es periódicamente sometida al asalto de los núcleos neofranquistas, que intentan cambiar su «staff» de dirección colocando en su lugar a exponentes del neofranquismo de rostro humano, cuando no a ejemplares brutales del régimen anterior. Estas batallas, que se desarrollan una tras otra, es una de las más importantes pugnas que libran actualmente las fuerzas democráticas.



El único proyecto

Lógicamente, sin embargo, estas excepciones o esta excepción no pueden desembocar en un proyecto político, un programa ideológico, una alternativa de futuro para la democracia española. No son más que reflexiones parciales y coyunturales que algún colectivo político tendría que encargarse de recoger y resituarse en un análisis global que sólo puede ser viable y eficaz a partir de unas siglas o de unas siglas políticas. Si el sistema democrático desea mirar el cambio de siglo, está condenado a reflexionar para no dormirse con las ilusiones y mirar de frente algunas incómodas verdades. Peor que soñar dormidos, decía el coronel Lawrence, es soñar despiertos, y eso es lo que ocurre en buena parte de la democracia española.

Quienes no duermen ni sueñan, sino que trabajan y analizan a diario, son los

partidarios de la involución neofranquista: si hay un grupo político ahora en España con capacidad de reflexión política, con un proyecto, un programa y una ideología es, sin duda alguna, ese vasto magma de opinión que va desde el golpismo descarado a una derecha dura y autoritaria, pasando por toda la variedad del paragolpismo. Apoyándose en la permanencia de numerosos franquistas en todos los aparatos de Estado, consecuencia de la vía de la reforma, combinan múltiples tácticas para hacer retroceder al sistema democrático a la época de aquel fantasma que fuera el espíritu

del 12 de febrero. La pluralidad de medios de comunicación en los que están presentes, muchos de ellos pertenecientes al Estado democrático, permite captar toda la flora y fauna de la reflexión involutiva. Bien es verdad que esta actitud reflexiva tampoco genera una renovación de conceptos o términos: se trata de volver a lo anterior reduciendo progresivamente el espacio de las libertades públicas.

Pero los que señalan esta repetición de estos intelectuales orgánicos de la involución olvidan que ésta es una posición extraordinariamente confortable. Los involucionistas no necesitan dotarse de un programa: les basta con liquidar la democracia. La convicción programática, la fe en el texto, pertenece a los demócratas y no a sus adversarios. Máxime cuando para construir un sistema democrático hace falta disponer de un proyecto, pero sobra cuando no se trata más

que de administrar un aparato estatal. Mantener lo que existe, acomodarse a las circunstancias, a las evoluciones irresistibles, evitar todo cambio que no sea impuesto por la fuerza de las cosas, es en la vida de una sociedad como en la vida de las personas: un proyecto claro que no necesita de ningún decálogo.

La involución puede, además, beneficiarse del uso de todo tipo de medios en su lucha contra la democracia. Nunca ha pretendido encarnar una moral política; la idea de que el fin justifica los medios y que la eficacia en la lucha es el único criterio ha sido siempre una idea no democrática. Una concepción pesimista del hombre anima esta acción sin moral o esta moral del resultado. Acción que cuenta con la ventaja de operar con la constatación de que un proyecto democrático es proponer un largo ejercicio de paciencia a un pueblo impaciente, es pedir un crédito de confianza a un pueblo ya de por sí muy desconfiado. Acostumbrados a no apreciar la política más que por sus resultados a corto plazo (no hay que olvidar el telón de fondo de una grave crisis económica), los españoles corren el riesgo de ser indiferentes a un sistema del que no pueden medir la necesidad ni la fecundidad.

La debilidad política

Como no podía ser de otra manera, esta desproporción entre la capacidad teórica de la involución y la capacidad reflexiva de la democracia se traduce en el terreno de la práctica; pertenece al abc de la política el axioma de que sin teoría política no hay movimiento político y que es imposible modificar la sociedad que se ignora. Es un hecho que después de haber perdido su iniciativa teórica, bien rica y bien presente en los últimos años del franquismo y los primeros de la transición, las fuerzas políticas democráticas han perdido la iniciativa práctica: hoy la ofensiva está en manos de los involucionistas y la defensiva en manos de los demócratas. La razón está en que los adversarios de la democracia sí han reflexionado sobre los puntos débiles del sistema que se está construyendo, mientras que los partidarios de la democracia no lo han hecho absorbidos por peleas de patio de vecindad.

En lugar de insultarse mutuamente, de llenarse la boca de calumnias, de dar rienda libre al teatro político de pésimo gusto, los políticos democráticos, y sus intelectuales, deberían renovar sus conceptos analíticos, y recuperar aquella osadía de pensar que tuvieron cuando la dictadura y que permitiera la salida de aquella larga noche política, amén de incorporar en sus reflexiones las escasas voces reflexivas que van quedando por el país. ¿Sería pedir demasiado la elaboración de algunos análisis inéditos de una situación que en cualquier caso no es bala? ■